

# Artículos

---

Carmen Revilla

## *La ciudad, espejo de la historia en el pensamiento de María Zambrano*

A pesar de la presencia del tema en sus escritos, cuesta afirmar que hay en María Zambrano una teoría de la ciudad. Tal vez por el carácter liminar de su pensamiento —por esa vocación de permanencia en los confines, de la que ella misma nos habla— la búsqueda de una teoría, que habría de quedar inscrita en el compartimento de una disciplina —política, ética, antropológica... o de cualquier otro género—, parece abocada al fracaso. Porque son éstas, ciertamente, dimensiones de su modo de referirse a una realidad en la que ha quedado «lo más creador de esta llamada cultura occidental», nos dice, pero son dimensiones que se deslizan siempre. Y se deslizan no sólo por la resistencia de su lenguaje a la traducción conceptual, sino por lo dilatado del horizonte en el que sus intereses se inscriben: el acceso al lugar del ser humano en el orden de lo real constituye el fondo en el que se proyectan sus preocupaciones teóricas.

Sin embargo, toda su obra aparece cuajada de alusiones a la ciudad. Y así, leemos en uno de sus textos más emblemáticos sobre la misma que es ésta lugar de acogida y de envío —«un espacio abierto e íntimo donde quien en él habita se siente al par fuera y dentro»—, cuya imagen deja ver la heterogeneidad de su

estructura: «espacio cualitativo, sacralizado», dotado de «figura, rostro, fisonomía». Es, por tanto, «centro que une y enlaza», porque atrae y hospeda; aunque también «tiene algo de camino, de vía», porque proyecta y lleva a transitar; es, pues, «fronteriza siempre, transmisora», en ningún caso extraña o circunstancial al despliegue de nuestra existencia: «puerto y puerta ante la cual hay que depositar una ofrenda»<sup>1</sup>. Por eso, aunque «los Estados, todos, se han alzado sobre ellas y han extraído de ella su inspiración», es, no obstante, «lo que más se acerca a la persona, a ser a modo de una persona o al modo de la persona, en la vida histórica»<sup>2</sup>. Y, así, la ciudad es «como un receptáculo del trascender que mana de un vivir propiamente humano», de modo que la atención que recibe dice algo en torno a lo que en nuestras «raíces» acontece<sup>3</sup>.

María Zambrano está hablando de una ciudad real, aunque vista a distancia; metáfora, pues, en el sentido etimológico del término al que Derrida se refería al decir:

«Es un viejo tema. Ocupa a Occidente, lo habita o se deja habitar por él [...] *Metaphora* circula en la ciudad, nos transporta como a sus habitantes, en todo tipo de trayectos, con encrucijadas, limitaciones y prescripciones de velocidad. De una cierta forma —metafórica,

---

### Notas:

<sup>1</sup> María Zambrano, «Un lugar de la palabra: Segovia» en *España, sueño y verdad*, Madrid, Siruela, 1994; pp. 163-164.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*: «Y es cosa en extremo grave este desvanecimiento casi completo de la creencia en la ciudad y del vivir por ella inspirado. Entre los indicios que se muestran, quizás sea el más delator, el más significativo de que algo pasa allá en las raíces de este Occidente».

claro está, y como un modo de habitar— somos el contenido y la materia de ese vehículo: pasajeros, comprendidos y transportados por metáforas»<sup>4</sup>

Metáfora circula en la ciudad y de ésta puede decirse, en concreto y en rigor, que es «la metáfora que nos alberga, la metáfora en que vivimos»<sup>5</sup>.

Respecto a ella —respecto a la «ciudad-metáfora», ahora ya tematizada incansablemente en nuestros discursos y cuyos referentes se multiplican y difieren siempre en cada una de nuestras ciudades—, con toda probabilidad, al haber hecho del exilio condición positiva de existencia María Zambrano establece una singular relación: en cierto modo, se sitúa fuera, en esa «heterotopía», absolutamente radical en su caso, que es el lugar del pensamiento:

«Y el exiliado, a fuerza de pasmos y desvalimientos, de estar a punto de desfallecer al borde del camino por el que todos pasan, vislumbra, va vislumbrando la ciudad que busca y que le mantiene fuera, fuera de la suya, la ciudad no habitada, la historia que desde el principio quedó borrada, ¿acumulada?, quizás no»<sup>6</sup>

La ciudad vislumbrada no es ajena, sin duda, a la «ciudad ausente» de sus primeros escritos: ciudad auroral de la que goza el intelecto, «hueco» de un instante en el que «se apagó la presencia real de la ciudad y aun no estaba bastante lejos para que naciese la otra, la ideal, esquema de ciudad, arquitectura de paisaje»<sup>7</sup>. En el instante de la aurora, la mirada ascética y móvil percibe su esencia: materia que se expresa y geometría ordenada, dotada de energía y ofreciendo resistencia en un equilibrio

de fuerzas según medida y ritmo. Acoger ese instante, previo a la fragmentación e invasión de los elementos que tiñe, o empaña, la atención habitual ¿no responde al imperativo que la reflexión filosófica se autoimpone en su tarea de pensar la ciudad, cuando se habla de «resistir a la seducción de la segmentación», de «reconstruir una problemática totalizante», de «superar la pantalla de las ciencias humanas»<sup>8</sup>, por ejemplo?

A esta ciudad, esencialmente real, vincula María Zambrano la existencia del ser humano. Es la ciudad del pensamiento que, apenas vista, la vida cotidiana fragmenta. Amenazada, frágil y huidiza aparece en el momento de la aurora, que nos sitúa en la distancia justa. Ciertamente, bajo la forma de la utopía, la ciudad es el lugar en el que permanecen custodiados nuestros sueños y deseos, pero, bajo sus figuras concretas, deviene la presencia visible de su fracaso. La «ciudad ausente» difiere de ambas formas.

La utopía —de los filósofos, del cristianismo, de las distintas revoluciones—, forjada por nosotros y transmitida por las tradiciones a las que pertenecemos, forma parte de nuestras ciudades como ideal al que le falta algo: le falta materia y energía, le falta el cuerpo. Por el contrario, en la ciudad que habitamos y construimos, inmersos en ella, empeñados en la edificación de su orden, se pierde la geometría y casi nunca se siente el ritmo. Hay que alejarse, pues, para que emerja la ciudad esencial, que se expresa y cambia, que tiene una fuerza propia, sumergida —el «peligro de la paz» viene precisamente de ésta, cuando no alcanza su equilibrio y acaba por estallar con violencia<sup>9</sup>; y tiene también sus vísceras, expuestas siempre

<sup>4</sup> J. Derrida, «La retirada de la metáfora», tr. en *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*, Barcelona, Paidós, 1989; p. 35.

<sup>5</sup> M. Cruz, «Vivir en una metáfora» en *El Correo*, 3 de marzo de 1999.

<sup>6</sup> María Zambrano, *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990; p. 35.

<sup>7</sup> María Zambrano, «Ciudad ausente», en *Manantial*, 1928-1929.

<sup>8</sup> Vid., en este sentido, P. Ansary y R. Schoombrodt, *Penser la ville*, AAM ed., Bruxelles, 1989, sobre todo pp. 107 ss.

<sup>9</sup> Vid., por ejemplo, María Zambrano, «Los peligros de la paz» (1990) en *Las palabras del regreso*, Salamanca, Amarú, 1995.

a ser pisoteadas y maltratadas<sup>10</sup>. María Zambrano parece saber que, puesto que es éste el lugar del ser humano, requiere de una particular atención.

La ciudad, territorio que ocupamos y acondicionamos para posibilitar una vida propiamente humana, es, en primer lugar, escenario de la historia: «El carácter del espacio habitable ha sido determinado a lo largo de milenios, no por el instinto o los genes, sino por la cultura, la experiencia y la reflexión»<sup>11</sup>. Antes de la generalización de la hermenéutica, a modo de *koiné*, María Zambrano sabía que hacer historia —narrar los acontecimientos— es, precisamente, hacerla —intervenir e implicarse en ellos—; y también a la inversa: la intervención lograda en el curso de la historia deviene narración y, por ello, dirá comentando la obra de Antonio Machado que «toda historia es [...] poesía, creación, realización»<sup>12</sup>. Pero, en los asuntos humanos, es necesaria la mediación de la visión —padecer activo en el que tiene lugar una revelación que se sufre en tanto que se realiza—: ver es una acción necesaria a la historia, individual y colectiva, que, cuando falta, la detiene y la estanca. Sin duda, la propuesta de desarrollo de una razón aferrada a la vida hasta el punto de convertirse en poética, es decir, en generadora de novedad, partiría de aquí: los niveles de realidad —los planos del «sentir» a los que se refería ya en 1928, hablando de nuestro vivir, valiéndose precisamente de la imagen de la ciudad: «Antes de definir hay que sentir y ver»— que no alcanzan el nivel de la conciencia alojan la multiplicidad de los tiempos que se superponen cerrando el futuro —«la oscura y cerrada galería, el laberinto, la caverna o la estancia enmurada» de *Los bienaventurados*— con los fantasmas y pesadillas de un pasado que no pasa del todo. Descender a

estos niveles para «desentrañarlos» y llevarlos al de la luz, al de la visión que hace pasar y abre el futuro es la tarea de la razón.

Y la ciudad es el espejo en el que tiene lugar esa mirada posibilitadora de la historia, allí donde la historia —el diálogo entre el hombre y el universo— se mira y, al mirarse, se hace, continúa haciéndose, generando sentido y novedad: «La ciudad no es sólo historia, sino lugar de algo que la engendra».<sup>13</sup> ¿Qué hay en la ciudad que la dota de esta capacidad generadora? ¿Cómo conserva el sentido unificador de los tiempos y liberador del futuro? ¿Cuáles serían los rincones, las cosas que en ella encierran las condiciones de posibilidad de nuestra existencia histórica?

Para María Zambrano, a mi juicio, las ciudades serían el recinto privilegiado de la lengua y de las ruinas. La elección de estos dos elementos no es casual; de hecho, parece derivar de su relación personal con algunas ciudades —con Segovia, con Roma, por ejemplo—; ciudades vividas y pensadas a distancia, desde la soledad del escritor, allí donde se le desvela lo que sucede «en el secreto seno del tiempo». En todo caso, la lengua y las ruinas identifican una auténtica ciudad y vienen a ser esenciales para establecer sus límites.

La imagen del espejo, sin embargo, podría hacer pensar en una superficie lisa, sin profundidad; no es así. Las ciudades zambranianas son porosas; como una «esponja, embeben el reflejo de la ola de la memoria, y se dilatan», de manera que también parecen hechas «de las relaciones entre las medidas de su espacio y los acontecimientos de su pasado»<sup>14</sup>. Sería un error remitir el juego oír-escuchar (la lengua) y del ver-contemplar (las ruinas) solamen-

<sup>10</sup> Vid. «Las vísceras de la ciudad» (1985) en *Las palabras del regreso*, ed. cit.

<sup>11</sup> Iván Ilich, «La reivindicación de la casa», ed. cit., p. 50.

<sup>12</sup> María Zambrano, «La guerra de Antonio Machado» en *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid, Trotta, 1998, p. 171.

<sup>13</sup> María Zambrano, «Un lugar de la palabra: Segovia», ed. cit., p. 164.

<sup>14</sup> I. Calvino, *Le città invisibili*, Verona, Mondadori, 1998; p. 10.

te al espacio de un recinto determinado; principios unificadores, lengua y ruinas se nos dan en el espacio, pero conservan el tiempo, y son espejos justamente en virtud de lo que conservan; por ello nos sitúan en el lugar donde el futuro se abre; intimidad escondida y amenazada, en ocasiones, de destrucción. ¿Qué esconden las ciudades?

Hay en toda ciudad, al menos, otros dos elementos, tan esenciales como los citados, si bien su presencia parece ocasional y de cada uno de ellos parecen derivar niveles de realidad excesivamente diferentes: la naturaleza y la ley.

De hecho, sin ley no hay ciudad: la *civitas* es, para María Zambrano, un «conjunto organizado de hombres regulados por un orden inteligente y no sometidos al imperio ciego de la fuerza» (*El Liberal*, 26 de julio, 1928); el orden protector e inteligente, que todos los ciudadanos intervendrían a fijar, define, pues, la ciudad; sin embargo, sabe que la institución legal, la fundación de la ciudad, se instala y se levanta a partir de un principio de exclusión. En los *Claros del bosque* hablará de la natural necesidad humana de construir una frontera entre su vida y la del universo, a fin de proporcionarse el cobijo y la defensa que la propiedad y la diferenciación de lo extraño otorga: la frontera, edificada por nosotros, que nos protege y nos aloja, establece también la propiedad y, en consecuencia, la diferencia neta entre lo propio y lo ajeno:

«¿Sucedió alguna vez que los seres humanos no habitaran en ciudad alguna? Pues que ciudad puede ser ya la cueva, el rudimentario palafito. Ciudad es todo lo que tiene techo. Y al tener techo, puerta. Un dintel y un techo, una habitación donde solamente su dueño y los suyos, y los que él diga, pueden entrar, por escaso abrigo que proporcione. Ya ese hombre ha

trazado un límite entre su vida y la del universo, una frontera»<sup>15</sup>

Así, «toda ciudad tiene sus víctimas» y fundarla significa sacrificar a alguien, o algo, que queda fuera, por debajo: es el tema de la historia sacrificial y, sobre todo, de la perspectiva abierta con la lectura de la figura de Antígona. La ley que funda la ciudad es, pues, pacto sostenido por el sacrificio, cuya primera víctima es la naturaleza —y cuanto en nosotros es naturaleza, es decir, originario y recibido con el nacimiento—, que, sin embargo, rechaza quedar excluida e intenta colarse a través de las grietas de nuestras fronteras.

Si en los *Claros del bosque* había hablado de la natural necesidad de construir estas fronteras, su contacto con los referentes concretos de la ciudad-metáfora le hace reparar en inevitables formas de irrupción del elemento natural, que pervive así en las ciudades como «agente de vida y de orden» —el aire y la luz, que crean «la justa distancia del cielo, esto es, la atmósfera, o el agua, que espejea y transporta»<sup>16</sup>—, elementos que permiten respirar y pasar, que permiten la vida. En ausencia de estos elementos, aquellas ciudades, cuya existencia parece que la tierra haya olvidado, languidecen y mueren. Y es, de hecho, ahora que, por el dominio de la ley, «el medio ambiente se ha vuelto tan duro que nuestros cuerpos ya no pueden marcar su impronta», cuando empezamos a ser conscientes de que «pasar por la vida sin dejar huella» no es vivir del todo al modo humano: «A la larga, un espacio en el que la vida pueda dejar huella es tan fundamental para la supervivencia como el agua y el aire»<sup>17</sup>.

El intento zambraniano de descender al subsuelo, o a los íferos, de atender a su fuerza sumergida, obedece, antes que al peligro que

<sup>15</sup> María Zambrano, *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993 (primera ed. 1977); p. 107.

<sup>16</sup> Vid., por ejemplo, «Un lugar de la palabra: Segovia», ed. cit.; pp. 165-170.

<sup>17</sup> I. Ilich, «La reivindicación de la casa», ed. cit.; pp. 49-50.

encierran de desafío a la estructura de la ciudad o de hundimiento de sus andamiajes, al convencimiento de que encierran posibilidad de vida, su germen. Descenso y ascenso de la razón poética que se inserta en aquel «saber vivir en el fracaso», definitorio del Occidente de las utopías, que consistiría en adquirir la capacidad de extraer energía y vida de cuanto queda excluido y vencido, pero queda, e incluso en su permanencia tras la victoria destructora del tiempo, llega a ser lo más real, según el testimonio de las ruinas: en ellas también se filtra la naturaleza y devienen, como el templo, espacios sagrados, lugares en los que habita el «sentir originario».

La naturaleza impronta las formas de existencia que sobre ella se construyen, ofreciendo al ser humano el medio en el que respirar como su lugar propio en el universo. En este sentido, la ciudad forma parte de sus ciudadanos. Y María Zambrano deplora como pérdida el descuido en el que ha caído este aspecto, signo de la «dislocación» que sufrimos, causada por esa teórica «aversión a lo concreto» que tanto denuncia por sus consecuencias y cuya presencia decisiva supo encontrar en figuras como la de Lezama Lima o Cintio Vitier: su «aquí» irrenunciable. Tal vez también por ello encontró, o reconoció, en La Habana su misma «patria prenatal».

«La aversión a lo concreto [...] aparece como la más superficial de las causas que dislocan una figura, que separan a una presencia humana del lugar en que vive, en que respira, se mueve y se da. Y parece que se resta universalidad a un poeta —alguien que crea o alguien que de veras piensa— al adscribirlo a un lugar determinado. Ni tan siquiera las rememoracio-

nes de la Edad Media, que tanto han proliferado últimamente, han servido para esclarecer que el ser llamado de *Aquino*, por ejemplo, no disminuye en nada la luminosa universalidad de Santo Tomás. Hoy sonaría a burla o a menosprecio, o a simple pedantería, el nombrar a alguien así, con su nombre propio seguido del nombre de su pueblo o ciudad. Sin embargo, el que no pueda nombrarse a nadie de esta forma no es más que un signo de esa *dislocación* que el hombre sufre desde hace ya largo tiempo»<sup>18</sup>

En los poetas del grupo de *Orígenes* María Zambrano habría visto hasta qué punto los lugares que habitamos nos dejan su huella en la medida en que nosotros la dejamos también. La presencia humana, aislada del «aquí» donde «respira, se mueve y se da» sufre una carencia esencial. Pero este «aquí» es un lugar de paso, el punto del que se parte, en el que se obtiene algo que se dirige al todo, es un lugar de universalización.

Como lugar de universalización la ciudad viene a ser el recinto privilegiado del filósofo, que no renuncia a fundarla para todos: «Salvar las apariencias —más tarde se dirá 'salvar el mundo'— es lo propio de la filosofía griega. Y de ahí que todavía hoy no nos parezca verdadera filosofía la que no está encaminada a salvar el mundo, la que no deja ver intenciones de constituir una objetividad, algo universal en lo que todos podamos entendernos. Una ciudad»<sup>19</sup>.

Hay, por supuesto, una dimensión utópica en esta intención del filosofar, a la que, por otra parte, ya se había referido muy pronto. La Utopía, género que comenzó con Platón, es «el lugar donde la esperanza se ha refugiado de manera más confiada»<sup>20</sup>. La utopía había de ser

<sup>18</sup> María Zambrano, «J. Lezama Lima en La Habana» (publicado en *Índice*, Madrid, 1968, nº 32) en *Anthropos*. Suplementos 2, Barcelona, 1987; p. 40. Sobre la decisiva importancia, en este sentido, de su encuentro con el grupo de *Orígenes* puede verse María Zambrano, *La Cuba secreta y otros ensayos*, ed. de J.L. Arcos, Madrid, Endimión, 1996. Sobre el punto concreto que aquí se destaca también se insiste en las notas al texto de C. Vitier recogido en *Claves de la razón poética*, Madrid, Trotta, 1998 (pp. 25-26 especialmente).

<sup>19</sup> María Zambrano, «Acerca de la violencia (fragmentos)» en *Revista del conocimiento. Sobre la violencia y la ética*, 1985; p. 100.

<sup>20</sup> María Zambrano, «Más sobre *La Ciudad de Dios*», en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1993; p. 126.

edificada por los filósofos, nos dice, para que la Filosofía misma pudiese existir, sin entrar en pactos con las ciudades —con la caverna de los prisioneros; la edificación de esta ciudad, una primera tarea y necesaria, se realizó, en Grecia, como racionalización de la esperanza en la atemporalidad. Su herencia en la Europa cristiana ha dado lugar a las diversas formas de integración de la «Ciudad de Dios» en la historia, en un proceso que marca la historia europea —que, por eso, es «más historia» que en ninguna otra parte, dirá en *La agonía de Europa* — y cuyo sujeto es el ser humano, no exclusivamente el filósofo.

La fundación de la ciudad, en realidad, corresponde a la esencia humana, puesto que todo hombre tiene «necesidad de hacerse su propia casa, de crearse su propio medio». Por eso las ciudades reales necesitan siempre alguna suerte de pacto, y en esa necesidad se asientan; pero no sólo. Sobre el suelo de esta frontera que los hombres construyen se proyectan también sus sueños, en el horizonte de la esperanza. Las ciudades son, pues, el escenario del juego entre necesidades y deseos que, en buena medida, define nuestra existencia.

En este juego no sólo interviene el azar, ni su construcción puede reconducirse exclusivamente al acto de voluntad de una conciencia transparente a sí misma. Quizás a esto se refería I. Calvino al destacar que «también las ciudades creen que son obra de la mente o del azar, pero ni una ni otra bastan para mantener sus muros. De una ciudad no disfrutas las 7 ó 77 maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya. O la pregunta que te plantea obligándote a responder»<sup>21</sup>: responden a lo que les pedimos, pero pidiendo algo a cambio, una respuesta —o una «prenda», en expresión

zambraniana—, porque «no se pasa sin más por una ciudad y, si es así, no vale»<sup>22</sup>. Como en los juegos hay que «dejar prenda»; la ciudad de la que recabamos algo, pide algo también. Así se constituye en lugar de intercambio, de diversas formas de intercambio que hacen de ella centro y lugar de paso, «puerto y puerta», allí a donde se llega y de donde se parte.

Con toda probabilidad, el peculiar requerimiento de las ciudades hace de ellas el lugar de la «comunidad», entendiendo ésta en la línea recientemente desarrollada por R. Esposito a partir de la noción de *munus* como don que implica un deber, que denota intercambio y relación circular, un «tomar para dar» generador de un «circuito de donación recíproca» sustentado en el vacío y la alteridad, alternativa, por tanto, a la concepción de la «comunidad» como «propiedad» de los sujetos que funda su pertenencia a un conjunto o como realidad producida por la unión de los mismos<sup>23</sup>. A estas consideraciones podrían acercarse las rotundas afirmaciones zambranianas:

«Lo propio de una ciudad ha de ser algo que encierre una exigencia constante y que sea al par una dádiva. Un don de esos que obligan al que lo recibe sin que él se dé cuenta o sin que sea necesario que se la dé. Algo inmaterial y que se corporeíza, algo trascendente y que se convierte en pan de cada día. Algo que corresponde, que ha de corresponder, a los elementos esenciales que forman la figura, el cuerpo, la fisonomía de la ciudad»<sup>24</sup>

Si son elementos de la ciudad la naturaleza que en ella se filtra y la ley que, aun estableciéndose en principio de exclusión, la define dotándola de una dimensión ético-política<sup>25</sup>, lo propio de ella parece remitir a algo más huma-

<sup>21</sup> I. Calvino, *Le città invisibili*, ed. cit.; p. 44.

<sup>22</sup> María Zambrano, «Un lugar de la palabra: Segovia» en *España, sueño y verdad*, ed. cit.; p. 164.

<sup>23</sup> Vid. R. Esposito, *Comunitas. Origine e destino della comunita*, Einaudi, Torino, 1998 (especialmente la presentación del desarrollo histórico).

<sup>24</sup> María Zambrano, «Un lugar de la palabra: Segovia» en *España, sueño y verdad*, Madrid, Siruela, 1994; p. 165.

<sup>25</sup> Aspecto que se ha enfocado desde un ángulo inverso que confirma su esencial vinculación: «El mundo sin ética es un mundo sin ciu-

no y más elemental. El recorrido de la autora por la ciudad de Segovia, por sus espacios naturales e históricos, por sus lugares sagrados y por las ruinas que dejan escapar una palabra y una música, por la ciudad actual y por el «mundo enclaustrado», donde reina el silencio... su discurrir, por un trayecto que conserva en la memoria, culmina escuchando «un habla que no es aprendida, ni tampoco inventada, un habla nacida. Donde el sujeto, pues, el de esa habla, queda abolido; se dice así, simplemente, porque es así»<sup>26</sup>. Por eso Segovia es «un lugar de la palabra» y ésta «un lugar del ser». Pero María Zambrano insiste en su carácter de «habla», marcando una distancia insalvable con el planteamiento heideggeriano al que sus líneas parecerían acercarse, consciente, sin duda, de que «la ciudad no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano»<sup>27</sup> en cada uno de sus rincones y sus objetos.

El habla de la ciudad rescata la presencia y la ineludible intervención de sus habitantes cuando hacen del pacto que la funda una cuestión de «piedad», cuando la nostalgia de horizontes de quien está en la frontera se torna eficaz; pero nada en el «lugar de la palabra», salvo ellos, parece tenerla.

dad [...] La ciudad no puede subsistir sin un relanzamiento constante de la cuestión ética. La desaparición de las ciudades podría hipotecar el ejercicio práctico del pensamiento». Ya que «la ciudad es destino forjado, historia humana consolidada por el pacto», caracterizada por la «coexistencia pacífica y cotidiana con la diferencia», P. Ansary y R. Schoombrodt, *Penser la ville*, ed. cit.; pp. 48-51.

<sup>26</sup> O.c.; p. 181.

<sup>27</sup> I. Calvino, *Le città invisibili*, ed. cit.; p. 10.